

Un pedazo de historia cubana

POR QUE EL EJERCITO NO DERROTO a CASTRO

por el coronel PEDRO A. BARRERA PEREZ, MMNP

Según se lo narró a

Rodolfo Rodríguez Zaldívar

Fotos de BARCALA y ARCHIVO

ARTICULO TERCERO

Conspiración del 10 de Marzo. — Derrocamiento del gobierno de Prío Socarrás. — Reestructuración de las Fuerzas Armadas. — Designación de los ministros. — Primera defraudación sufrida por los integrantes de la Junta Militar.

Jamás ha sido tarea fácil lograr dentro de un ejército el triunfo de un movimiento conspirativo. Muchos factores están tan fuertemente enlazados para desbaratar, desde sus mismos inicios, cualquier tentativa encaminada a trastocar o subvertir el sistema de férrea disciplina que rige la vida castrense, que prácticamente se lucha contra algo que parece y casi siempre es imposible.

Bien sabíamos los oficiales que, al calor de los comentarios sobre la caótica situación cubana, albergábamos el propósito de encontrarle una solución rápida, el riesgo a que nos estábamos exponiendo; a tal extremo que nuestra carrera y hasta nuestra vida estaban a merced de la buena fe que teníamos entre todos y, principalmente, por la seguridad de que cualquier cosa que se hiciera habría de redundar en beneficio de la patria, a la cual habíamos hecho un juramento de honor.

En un principio calorizamos la idea de llevar como jefe de la Junta Militar que habría de formarse al coronel Ramón Barquín, a quien todos reconocíamos su capacidad, su amor por la disciplina y su repudio a todo cuanto menoscababa el prestigio de las Fuerzas Armadas. No era extraña esta actitud nuestra, porque el coronel Barquín reunía una serie de condiciones que, a nuestro juicio, en aquel momento, lo hacían el hombre idóneo para esa trascendental misión. Oficial de academia, inteligente y enérgico, se había caracterizado por una conducta intachable a través de su vida militar, siendo por tanto, el hombre más indicado para liderar un movimiento que tendría como base fundamental el respaldo de los Cuerpos Armados.

Surgieron en el transcurso de los días distintos acontecimientos que variaron por completo los planes que estábamos madurando. Una tarde, en el recorrido que diariamente hacía a la unidad a que pertenecía, la Tercera Compañía del Batallón 1 de Infantería, del Regimiento ubicado en la Ciudad Militar, se me acercó el capitán Juan Rojas González, mi jefe inmediato, hablándome de que se fraguaba una conspiración que tenía como líder al general Batista y me invitó a que participara en dicho movimiento subversivo.

Sorprendido ante la oferta y hasta pensando que pudiera ser una estratagema, le pedí que me concediera dos días para darle mi respuesta.

Cuando nos reunimos los oficiales que ya estábamos de acuerdo en la necesidad de terminar con aquel estado de cosas, informé del planteamiento que me había hecho el

capitán Rojas y lo sometí a la consideración de mis compañeros.

Fue entonces cuando se establecieron comparaciones entre las ventajas que podría tener la selección del general Batista o la del coronel Barquín. En Barquín todos reconocíamos, como dije antes, capacidad, prestigio y honestidad; sin embargo teníamos la duda de que pudiera controlar la inevitable reacción pública ante un hecho de aquella naturaleza, en que se desplazarían de sus posiciones desde el presidente de la República hasta el último concejal. Cuando analizamos la posibilidad de sumarnos al movimiento que estaba gestando Batista llegamos a la conclusión de que resultaba mucho más factible triunfar en el empeño, puesto que éste reunía una serie de factores que de entrada resultaban decisivos.

Un rápido análisis de la situación nos llevó a un acuerdo unánime. A ello contribuyó el criterio que todos sustentábamos de que Batista, por su experiencia pública, podría realizar sin derramamiento de sangre el golpe proyectado. Por otra parte, era un motivo de especial significación, a nuestro modo de ver, el hecho de que el general Batista, desde la modesta posición de sargento había llegado a presidente de la República, encauzando la nación que, a la caída de Machado, estaba sumergida en un verdadero caos, hacia un país de orden y regido por una Constitución que podía presentarse como ejemplo de progreso ante los pueblos más avanzados del mundo. No era tampoco un argumento débil su conducta en las últimas elecciones generales, en las que desde el Poder y con cinco partidos políticos de indiscutibles recursos económicos y maquinaria bien organizada, acató el triunfo del candidato de la oposición, su más enconado rival, el doctor Grau San Martín, en tanto que había dado órdenes estrictas a las Fuerzas Armadas de que se mantuvieran al margen del proceso comicial. Estos hechos, conocidos de todo el pueblo cubano, y otras consideraciones, como la de que no le moverían apetitos de riqueza porque ya contaba con medios abundantes para vivir holgadamente el resto de su vida, inclinaron nuestra decisión en favor del general Batista.

Cuando volví a ver al capitán Rojas le manifesté que el grupo de oficiales al que yo pertenecía estaba de acuerdo con participar en la conspiración, pero que queríamos cambiar impresiones personalmente con el general Batista.

Se concertó poco después una reunión en la residencia del capitán retirado Roberto Fernández Miranda, en la que estaban pre-



“El asesinato alevoso del líder político Alejandro Cossío del Pino provocó unánime reacción de la opinión pública contra el gobierno y agudizó la desmoralización entre los jefes superiores y oficiales de las Fuerzas Armadas”.

sentes el general Batista, el doctor Nicolás (Colacho) Hernández, el ex-general Francisco Tabernilla Doiz, el ex-capitán de navío José Rodríguez Calderón, los capitanes Luis Robaina, Jorge García Tuñón, y Juan Rojas González, los tenientes Artemio Pérez Díaz, Ignacio Leonard Castell, Armando Echemendía Leyva, el teniente retirado Francisco Tabernilla Palmero y yo, que era teniente, en activo.

En esa reunión el general Batista nos informó cuáles eran sus proyecciones y en qué consistían sus planes para rescatar el principio de autoridad y acabar, definitivamente, con el caos reinante en aquel instante.

Recuerdo, casi textualmente, sus palabras. Nos dijo que íbamos a dar un golpe incruento, que más que golpe militar sería un golpe de mano, es decir, cambiar las principales autoridades de la República sin necesidad de una lucha sangrienta. Nos prometió solemnemente que él no aspiraba a la presidencia de la República y dijo que a él le gustaría situar en la primera magistratura a una figura ilustre, mencionando entre otros al doctor Carlos Saladrigas, que había sido el candidato oficial de la Coalición Socialista Democrática en las elecciones contra el doctor Grau San Martín.

Fijando, con más detalles, cuál habría de ser su posición, el general Batista manifestó su intención de participar en el movimiento con el único y patriótico propósito de supe-

rar la crisis porque atravesaba el país, al extremo de comprometerse a desempeñar las funciones de Primer Ministro, secundando al presidente que en definitiva fuese seleccionado, para propiciar unas elecciones generales a corto plazo, que dieran a Cuba un régimen constitucional, retrotrayéndola al ordenamiento jurídico en que él la había dejado en 1944.

Confieso que tanto a mí como a los oficiales de mi grupo, aquellas palabras nos llegaron a lo hondo. Volvíamos a ver en Batista al hombre preocupado por el destino de la patria y al que sometía, en un acto que considerábamos heroico, su propio prestigio. No se nos ocultaba que si aquella conspiración fracasaba era él quien más tenía que perder. Eso nos alentó a dar los pasos que habrían de culminar en el acontecimiento histórico que cambiaría el curso de la historia patria.

Desde aquel momento en adelante se sucedieron con frecuencia las reuniones con Batista. Cada vez se iban perfilando con mayor precisión los detalles inherentes al movimiento proyectado. En los grupos sumados a la conspiración el optimismo crecía por momentos. No era una ilusión ni un escepticismo. Nunca se podría contar en esos planes, tan peligrosos, con aquello que no estu-



“Un grupo de oficiales y civiles nos reunimos con el general Batista en la residencia del ex-capitán y después general Roberto Fernández Miranda, acordando los planes para dar un golpe de Estado que impusiera el orden en aquel caos”.

viese realmente comprobado. Y para los que asumíamos aquella responsabilidad, de romper un ritmo constitucional en aras de lo que considerábamos un deber superior a lo establecido por los Códigos, cuanto hiciera posible el logro de nuestros propósitos estaba más que justificado.

A nuestro conocimiento llegó la noticia de los diferentes contactos que se habían hecho con altos oficiales de las Fuerzas Armadas, que compartían las mismas inquietudes que nosotros. Tan convencidos estábamos de la bondad de nuestra causa que nos extrañaba que aquello no fuera un movimiento en el que participaran por igual jefes y subalternos en los distintos Cuerpos Armados.

Por eso no constituyó motivo de extrañeza conocer que se habían iniciado conversaciones con el propio general Ruperto Cabrera y otros generales del Ejército, con el propósito de sumarlos a nuestra conspiración. Y aunque éstos no aceptaron respaldar el movimiento, no lo denunciaron ni tomaron medida alguna en contra del mismo, al extremo de que el coronel Lázaro Landeira, alarmado por las peligrosas proporciones de la casi pública conspiración, solicitó y ob-



“El general Francisco Tabernilla Dolz se responsabilizó con tomar la fortaleza de La Cabaña y asumió después la jefatura del Ejército”.

tuvo una entrevista con el presidente doctor Carlos Prío, a quien le dio cuenta del movimiento subversivo en gestación.

El presidente Prío, lógicamente, no podía basarse en lo que le dijera o afirmara un oficial de las Fuerzas Armadas, a menos que éste ostentara un cargo responsable otorgado directamente por el Poder Ejecutivo. No obstante, era de tal envergadura lo que le había dicho el coronel Landeira, que inmediatamente citó al general Ruperto Cabrera a su despacho, a fin de interrogarle sobre la situación imperante en las filas del Cuerpo a su mando.

El general Cabrera, ya en presencia del presidente doctor Prío, quiso restarle importancia a lo manifestado por Landeira y prometió que haría una minuciosa investigación, con el resultado de la cual informaría a la mayor brevedad.

Tal vez preocupado por otras causas ajenas al normal devenir de las rutinarias tramitaciones militares, el general Cabrera informaba después al doctor Prío que la normalidad en las fuerzas a su mando era absoluta y que todos los miembros del Ejército se mantenían leales al gobierno legalmente constituido.

En los últimos días de febrero de 1951 el general Batista nos convocó a una reunión, nuevamente en la casa del ex-capitán Roberto Fernández Miranda, para tratar de lo que él calificaba de asuntos urgentes y de vital importancia para el país.

Cuando nos personamos, sinceramente impresionados por los motivos de aquella convocatoria imprevista, y a la que asistieron otros personajes que antes no habíamos visto en las precedentes reuniones, tales como el teniente Rafael Salas Cañizares, el capitán Dámaso Sogo, el ex-capitán Ramón Cruz Vidal y el ex-capitán Martín Díaz Tamayo, el general Batista nos comunicó que él tenía noticias de que el presidente Prío había te-

nido una reunión con los altos jefes militares, a los que les había manifestado su temor ante las repercusiones del triunfo evidente del Partido Ortodoxo y las consecuencias que esto traería lógicamente tanto en las esferas civiles como en las militares. A crecer las afirmaciones del general Batista, el doctor Prío proyectaba simular un golpe de Estado a su propio gobierno, a fin de escamotear el Poder a los Ortodoxos y eludir las responsabilidades que ya venían señalándose a los personeros responsables de su gobierno.

Con vista a estos hechos, que todos aceptábamos como expresión cabal de la realidad, nos comprometimos a una próxima reunión, quedando juramentados para cumplir al pie de la letra el plan final que se confeccionaría en horas posteriores.

En la noche del 8 de marzo de 1952 volvimos a reunirnos con el general Batista, para dar los toques finales a los planes. Allí se acordó que el teniente Rafael Salas Cañizares se haría cargo de la Policía Nacional; José Rodríguez Calderón de la Marina de Guerra y el general retirado Francisco Tabernilla Dolz ocuparía el mando de la Fortaleza de La Cabaña y pasaría después a ocupar el cargo de jefe de Estado Mayor General del Ejército. Allí también se designó al capitán Jorge García Tuñón como jefe del Regimiento de Infantería de Columbia; al teniente Pedro Rodríguez Avila para hacerse cargo de la compañía de tanques; al capitán Leopoldo Pérez Coujill, como jefe del Tercio Táctico de Caballería; al capitán Juan Rojas González, jefe del Batallón 1 de Infantería; al teniente Ignacio Leonard Castell auxiliar del capitán Rojas; al capitán Víctor M. Dueñas y el teniente Armando Echemendía Leyva como jefe y segundo en mando del Batallón 2 de Infantería; al teniente Artemio Pérez Díaz y el sargento Carlos Besada Valdés, jefe y auxiliar del Batallón 3 de Infantería; a mí me confió el mando del Batallón Mixto de Tanques y la Batería de Artillería de Montaña.

Al día siguiente, en horas de la mañana, fui citado por el capitán García Tuñón para una entrevista en su residencia particular. Al llegar me encontré al teniente Echemendía. Conjuntamente con el capitán García Tuñón nos dirigimos en un automóvil Buick, propiedad de su suegro, a recoger al capitán Víctor M. Dueñas, quien había sido citado por García Tuñón para una esquina céntrica de La Habana.

Cuando el capitán Dueñas subió al automóvil y apenas cambiamos las primeras palabras, comprendí que no sabía absolutamente nada del movimiento que estaba a punto de producirse. El capitán García Tuñón, a quien se le había confiado la misión de sumarlo al complot, había esperado hasta ese minuto para informarle de lo proyectado. De más está decir la sorpresa y reacción de Dueñas ante los pronunciamientos que escuchaba por primera vez. No obstante, al conocer lo que se proyectaba y los motivos que aconsejaban aquel paso, aceptó la responsabilidad que se le confería de asumir el mando del Batallón 2 de Infantería.

Ya puestos de acuerdo sobre lo más trascendente, nos dirigimos en el auto a la playa de Marianao, donde nos esperaban el doctor Nicolás (Colacho) Hernández y el capitán Martín Díaz Tamayo, para de allí continuar rumbo a Kukine donde nos esperaba el general Batista.

Eran aproximadamente las once de la noche cuando llegamos al retiro campestre del entonces senador Batista. Tuvimos que esperar hasta que Batista terminara de despachar con unos aviadores, a los que daba las últimas instrucciones sobre la misión que les había asignado.



"La Marina de Guerra quedaba bajo la acción del después ascendido a contraalmirante José Rodríguez Calderón, que tomó la jefatura de Estado Mayor".

Pasamos a la biblioteca, donde estuvimos recibiendo los detalles finales para la sincronización del golpe. Por primera vez nos habló de lo que sería calificado como la "Hora Cero", esto es, que a las 2 y 40 de la madrugada debían estar acoplados todos los movimientos del plan, sin fallos posibles.

Mientras pasaban los minutos hasta que llegara el momento de partir hacia Columbia, Batista dió muestras de una ecuanimidad completa. Inclusive, en ocasiones, relató acontecimientos que nada tenían que ver con lo que allí nos reunía. Poco antes de que iniciáramos la partida, nos informo que cerca de Columbia estarían esperándonos varios carros de la Policía y el capitán Luis Robaina en su automóvil particular, cuyo auto iba a ser utilizado por él para entrar en Columbia, puesto que el suyo era muy conocido.

Yo manejaba el automóvil de García Tuñón, en el que íbamos el propio capitán, el también capitán Dueñas y el teniente Echemendía. Y como iba a ser el primero en la caravana de autos encaminada a Columbia, Batista me recomendó que mantuviera una velocidad moderada para evitar sospechas por parte de la Policía.

A paso discreto todos los autos salieron de Kukine y tomaron la carretera central, rumbo a Marianao y al Campamento de Columbia. Unas cuadras antes de llegar a nuestro destino, el general Batista abandonó su automóvil particular y se pasó al del capitán Robaina.

De nuevo siguió el desfile de autos hacia la posta 4 de la Ciudad Militar y al llegar a la misma, el centinela de guardia, extrañado de que a tan intempestiva hora se presentara tal número de vehículos con el propósito de penetrar a los predios del Campamento, trató de evitarlo. El capitán García Tuñón, que iba conmigo en el primer automóvil, se bajó rápidamente del auto y ordenó al soldado que abriera la entrada al Campamento, pues el capitán Dámaso Sogo, que era el Oficial de Día en esa fecha y que estaba comprometido a esperar la caravana de autos en la posta, por circunstancias que

desconozco, no había llegado a tiempo a su puesto, al que llegó momentos después, cuando ya todos los autos estaban dentro del Campamento.

Una vez dentro del Campamento, los autos de la caravana, conjuntamente con los de la Policía que se habían sumado a la misma al cambiar el general Batista de su automóvil para el del capitán Robaina y en los que se encontraban otros oficiales retirados de los Cuerpos Armados, adictos a Batista, yo fui directamente a cumplir la misión que se me asignó y que consistía, primeramente, en dejar al capitán García Tuñón en la jefatura del Regimiento, donde iba a trabajar en combinación con el general Batista y el capitán Robaina; después avisarle al capitán Juan Rojas, en el Batallón 1, que ya Batista se había hecho cargo del mando en Columbia; después dejar al capitán Dueñas y al teniente Echemendía en el Batallón 2, avisarle al teniente Artemio Pérez Díaz y al sargento Besada en el Batallón 3 y, por último, hacerme cargo del mando del Batallón Mixto de Tanques y la Batería de Artillería de Montaña.

El segundo automóvil, o sea, en el que viajaba el general Batista, se detuvo frente a la jefatura del Regimiento, apeándose del mismo el general Batista acompañado de Orlando Piedra, "Silito" Tabernilla, Roberto Fernández Miranda y el capitán Luis Robaina Piedra, que era chofer y dueño del vehículo.

Los demás automóviles, carros patrulleros de la Policía proporcionados por el teniente Rafael Salas Cañizares, segundo jefe en aquel entonces de la Sección Motorizada, siguieron su itinerario previamente fijado hacia las residencias de los distintos jefes de mandos que vivían en la propia Ciudad Militar.

Al comandante retirado Aquilino Guerra le tocó la misión de arrestar al general Ruperto Cabrera, jefe del Ejército, en su propia residencia. Por cierto que sobre el arresto del general Cabrera contaba el después coronel Aquilino Guerra que al tocar en las puertas de su dormitorio y comunicarle al general Cabrera que estaba artes-

tado, escucharon la voz de la esposa del general, que lo increpaba, instándolo a pelear por el mantenimiento de su autoridad. Según el coronel Guerra, Cabrera, con voz impersonal, ripostó: — ¡Chica! Cuando ellos han llegado hasta aquí es que todo está perdido.

También formaban parte del grupo destinado a arrestar los altos jefes de los Cuerpos Armados residentes en Columbia, el capitán retirado Pilar García y el capitán retirado de la Policía Hernando Hernández.

Mientras esto sucedía en la Ciudad Militar de Columbia, el ex-general retirado Francisco Tabernilla Dolz, entraba a la Fortaleza de La Cabaña, acompañado de los tenientes José de la Campa, Pablo Miranda y el ex-teniente Manuel Ugalde Carrillo.

Al llegar a La Cabaña eran esperados por el capitán Ramos Avila, que era el Oficial del Día y estaba comprometido en el movimiento, así como los sargentos Caridad Fernández y Alberto Valdés. La primera unidad tomada fue la Compañía Mecanizada, que era la más importante y estaba al mando del capitán Sánchez Gómez, que se sumó al movimiento en ese mismo momento y después colaboró eficientemente con el general Tabernilla en el control de las tropas acantonadas en esa fortaleza.

En esos precisos instantes el teniente Rafael Salas Cañizares, conjuntamente con los tenientes Negret, que fue muerto horas más tarde al intentar la rendición de la guarnición del Palacio Presidencial y Martín Pérez se hacía cargo de la jefatura de la Policía Nacional, tomando las medidas para controlar el mando, tanto en La Habana como en el territorio nacional.

La muerte del teniente Negret fue el único hecho de sangre ocurrido durante todo el proceso revolucionario del 10 de marzo.

Por otra parte, el ex-capitán de navío José Rodríguez Calderón, acompañado del capitán retirado Arias y el teniente Pedro M. de la Concepción, se hizo cargo de la jefatura de la Marina de Guerra Nacional, penetrando en el Castillo de la Punta, donde radicaba el mando supremo de ese cuerpo, sin obstáculo alguno, reportando horas



"El teniente Rafael Salas Cañizares controló la Policía Nacional, de la que asumió el mando con el grado de brigadier general".

después que tenía el control absoluto de todos: los componentes de la Marina de Guerra.

Una vez conocida la consolidación del movimiento, el general Batista se reunió en los salones gimnásticos del Círculo Militar y Naval, ubicado en el Campamento de Columbia, y allí designó los distintos jefes de los mandos en los tres cuerpos armados. En el Ejército quedó como jefe el general Francisco Tabernilla Dolz, con el rango de mayor general; ayudante general el capitán Martín Díaz Tamayo, con el grado de general de brigada; cuartel maestro general, el capitán Luis Robaina Piedra, con el grado de general de brigada; jefe de la Ciudad Militar, el capitán Jorge García Tuñón, ascendido a general de brigada; jefe de la fortaleza militar de La Cabaña, el capitán Juan Rojas González, con el grado de general de brigada.

También procedió el general Batista a designar los jefes de regimientos de la Guardia Rural, nombrando al capitán Alberto del Río Chaviano coronel jefe del regimiento 1 "Maceo", de la provincia de Oriente; al capitán Aquilino Guerra, como coronel jefe del Regimiento 2 "Agramonte" de Camagüey; al capitán Víctor M. Dueñas, coronel jefe del Regimiento 3 "Leoncio Vidal" de Las Villas; al capitán Leopoldo Pérez Coujil, coronel jefe del Regimiento 4 "Plácido", Matanzas; al capitán Dámaso Sogo Hernández, coronel jefe del Regimiento 5 "Martí", de la provincia de La Habana; y el coronel José Fernández Rey, por ser amigo del general Tabernilla, lo ratificó en su grado y lo nombró jefe del Regimiento 8 "Rius Rivera", de Pinar del Río.

Al mismo tiempo fue nombrado el teniente Rafael Salas Cañizares, brigadier general jefe de la Policía Nacional, quien fue autorizado para reestructurar los cuadros de oficiales policíacos.

En lo referente a la Marina de Guerra, el general Batista nombró al ex-capitán de navío José Rodríguez Calderón jefe de ese cuerpo, con el grado de contra-almirante y fue designado jefe de Dirección el teniente Pedro M. de la Concepción, con el grado de comodoro; al capitán Juan Casanova, jefe de Inspección, con el grado de comodoro; jefe del Departamento de Administración, al capitán retirado Antonio Arias, con el grado de comodoro; al capitán Cartaya coronel jefe del Distrito Naval Norte; al capitán Varela Canosa, jefe del Distrito Naval de Cienfuegos, con el grado de coronel y al capitán Rubio Baró, jefe del Distrito Naval de Oriente, con el grado de coronel.

En los mandos militares completó el general Batista la reestructuración, nombrando al capitán retirado Manuel Larrubia Paneque, coronel jefe del Cuerpo de Aviación y al ex-capitán Ramón Cruz Vidal, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, con el grado de coronel.

En el Regimiento de Artillería, ubicado en La Cabaña y ya al mando del general Juan Rojas, se nombró Inspector Territorial y segundo jefe del Regimiento al capitán Sánchez Gómez, con el grado de teniente coronel y a los tenientes José de la Campa, Manuel Ugalde Carrillo y Pablo Miranda, se les ascendió primeramente a comandantes y poco después a tenientes coroneles, asignándoseles las jefaturas de los batallones 1, 2 y 3 del propio Regimiento de Artillería.

Se reestructuró el Regimiento de Infantería destacado en el Campamento Militar de Columbia, nombrándose al capitán Pedro Rodríguez Avila Inspector Territorial y segundo jefe del Regimiento, con el grado de coronel; a los tenientes Ignacio Leonard Castell, Armando Echemendía Leyva, Artemio Pérez Díaz y Pedro A. Barrera Pérez, o sea a mí, jefes de los batallones 1, 2, 3, y 4 de Infantería, con el grado de comandante pri-

mero y ascendidos poco después a tenientes coroneles.

El capitán Pedro García Tuñón fue nombrado jefe del Tercio Táctico de Caballería, con el grado de comandante y posteriormente ascendido a teniente coronel. En la Sección de Sanidad, destacada en el Regimiento, se nombró jefe al teniente médico Márquez, con el grado de comandante y después con el de teniente coronel.



"A mí se me confió la ocupación y el mando del Batallón Mixto de Tanques y la Batería de Artillería de Montaña, siendo ascendido a comandante"

El teniente coronel Ramón Barquín que fungía como agregado militar a la Embajada de Cuba en Washington fue ratificado en su cargo y ascendido al grado de coronel.

Pocos días después el Regimiento Militar de Infantería de Columbia fue reorganizado para convertirlo en la División General de Infantería, constituyéndose por la jefatura de la División y dos regimientos: el número 1 de Infantería "4 de Septiembre" y el Regimiento Mixto de Tanques.

Con ese motivo se hicieron cambios fundamentales, nombrándose al general Jorge García Tuñón jefe de la División, a mí jefe de Estado Mayor de la misma, al comandante Rafael García Casares jefe de Personal y Ayudante de la División, con el grado de teniente coronel. Para las jefaturas de los regimientos se designó al teniente coronel Ignacio Leonard Castell, ascendido a coronel y al coronel Pedro Rodríguez Avila, ascendido a general de brigada.

El batallón 4 de Infantería que había sido reorganizado para convertirlo en el batallón mixto de tanques, fue puesto al mando del teniente Manuel Varela Castro, con el grado de comandante primero y después de teniente coronel.

Ya puestos los distintos mandos militares, navales y policíacos en manos de hombres de su confianza más absoluta y reinando completa paz en todo el territorio nacional, el general Batista se dio a la tarea de estructurar el gobierno civil.

A esos efectos se reunió en la jefatura de la División de Infantería con sus colaboradores civiles del golpe del 10 de marzo, los doctores Nicolás (Colacho) Hernández, Ramón O. Hermida y Pablo Carrera Jústiz, para seleccionar los hombres que integrarían el Gabinete y los que asumirían los demás cargos importantes en la administración civil.

Es bueno señalar que el general Batista, en todas las reuniones celebradas durante el proceso conspirativo, recalca con insistencia su único propósito de encauzar la República por senderos de honestidad administrativa, insistiendo en que se escogerían cubanos ilustres de reconocida militancia civil, para desempeñar los cargos ministeriales, pues no quería que el pueblo fuese a catalogar aquel movimiento como un cuartelazo más, destinado al enriquecimiento de sus autores. Por ello es que ninguno de los oficiales que participó como elemento decisivo en la ejecución de ese movimiento, no ocupó posición relevante en los cuadros civiles.

De aquella reunión en la División de Infantería surgió el primer Gabinete que, si mal no recuerdo estaba integrado de la siguiente forma:

Estado, doctor Miguel Angel Campa; Defensa, doctor Nicolás Hernández (Colacho); Gobernación, doctor Ramón O. Hermida; Obras Públicas, Ing. Mendigutía; Educación, Doctor Andrés Rivero Agüero; Agricultura, doctor Alfredo Jacomino; Hacienda, doctor Marino López Blanco; Comunicaciones, doctor Pablo Carrera Jústiz; Justicia, doctor Gastón Godoy; Salubridad y Asistencia Social, doctor Enrique Saladrigas; Trabajo, doctor Jesús Portocarrero; Comercio, el periodista Raúl Lorenzo y Transportes, el doctor Rafael Díaz Balart.

Para secretario de la Presidencia y del Consejo de Ministros, fue designado el doctor Andrés Domingo y Morales del Castillo.

También se procedió por Batista a ratificar a su hermano Panchín como Gobernador de la Provincia de La Habana y a Francisco Orué como alcalde de Marianao, designando al señor Justo Luis-Pozo para el cargo de alcalde de La Habana.

Al día siguiente, o sea el 12 de marzo de 1952, el general Batista decide trasladarse al Palacio Presidencial, sin haber todavía definido cuál habría de ser su posición oficial como jefe del movimiento, pues dudaba si ser primer ministro, jefe del gobierno o presidente.

Fue días después que optó por el cargo de presidente provisional.

Antes de seguir adelante es importante hacer constar que el mismo día 10 de marzo se dio a la publicidad un manifiesto suscrito por casi todos los oficiales que habíamos participado en el movimiento que derrocó el gobierno del doctor Prío, aclarando cuáles eran los propósitos que nos animaban y que no eran otros que los de encauzar la nación por senderos de honestidad administrativa, imponer el orden y propiciar unas elecciones generales en el más breve tiempo posible.

Creíamos que el general Batista estaba dispuesto a escuchar nuestras sugerencias, cuando alguno de sus colaboradores cometiese un error en sus funciones, porque suponíamos que serían hombres de intachable conducta pública y de respeto amplio en la ciudadanía.

Cuando conocimos los nombres de algunos de los integrantes del primer Gabinete he de confesar que nos sentimos defraudados y al hacer unos comentarios entre nosotros, el general García Tuñón, como vocero de los sentimientos del grupo allí reunido, nos prometió entrevistarse con el general Batista y explicarle el desagrado causado por la designación de esos señores, ampliamente conocidos y no precisamente cómo mirlos blancos. (CONTINUARA)